

# LA AMISTAD Y LA MUSICA

## (Recordatorio de Mariano Baquero Goyanes)\*

POR

JOSE MARIANO GONZALEZ VIDAL

No es paradójico que haya sido una publicación musical la primera en evocar, a los pocos meses de su muerte, a Mariano Baquero Goyanes, un hombre de oficio literario. En modo alguno cabe suponer fortuito, y sí rigurosamente aleccionador, el testimonio de que *Ritmo*, una revista de título y contenido estrictamente musicales, lo recordara como uno de los escasos profesores universitarios españoles interesados en la relación música/literatura; alguien, se decía, para quien la música fue siempre una radical solicitud, íntima y profesional. Ahora, cuando la Facultad de Letras de la Universidad y la Academia Alfonso X el Sabio —instituciones murcianas que instruyó ejemplarmente con su compañerismo y honró con su magisterio— rinden afectiva y emocionada ofrenda al hombre de letras, yo quiero acentuar la entonación de mi memoria personal de Mariano Baquero Goyanes en el hombre de música, acompasando ese acorde inicial de su primer homenaje póstumo, ofrecido, precisamente, desde unas páginas musicales.

Entiendo que pulsar la clave musical de Mariano Baquero es inexcusable si se intenta perfilar la total dimensión de una vida y una obra apasionadas por las letras y la música, la música y las letras, tanto monta; dos pasiones, acaso una sola y la misma, en cabal simbiosis enriquecedora de reciprocidades, armónicos y correspondencias. Música y

---

(\*) Palabras de José Mariano González Vidal en homenaje ofrecido en memoria de Mariano Baquero Goyanes por la Academia Alfonso X el Sabio el día 13 de noviembre de 1984, en el Aula Magna de la Facultad de Letras de la Universidad de Murcia.



literatura, literatura y música, como notas tónica y dominante de una misma y única escala vital, unísonas y consonantes en la tonalidad vocacional y profesional de Mariano Baquero. Literatura y música, música y literatura, se erigen, así, en las seguras claves de su discurso dialéctico, que, como toda dialéctica, se bifurca para reencontrarse siempre a lo largo de su vida y de su obra.

La música, vocación íntima, casi secreta, explica, ilustra y proyecta su actividad profesional, anega su oficio literario. Digo música como ejercicio casi secreto, porque mi memoria crónica de Mariano Baquero, hombre de música, aficionado a la música, melómano, no es la del asistente a los conciertos, donde frecuentemente convivíamos, sino la del oyente musical en bata y zapatillas, con cascos acústicos, arrebujado en su burbuja sonora de niño-probeta de la música, oficiando sigilosamente ese rito íntimo y doméstico, casero y cotidiano, de hombre ensimismado, en trance de ser él mismo, de coincidir consigo mismo en la música. Ernst Bloch dirá que la música es una teurgia subjetiva que se propone conjurar lo esencial más semejante al hombre. Ensimismamiento —ser el que efectivamente se es— no es sino proyectar la acción futura, pensaba Ortega, y lo contrario es estar fuera de sí, alterarse, perder el tono, algo improbable en Mariano Baquero, hombre armónico y sabedor de que la armonía es el tono de los tonos. Cuando descendía de su Galaxia Marconi, proyectaba sus saberes sonoros aprendidos a la Galaxia Gutenberg poblándola de metáforas literario-musicales: novelas sinfonía, suite, tema con variaciones, fuga y contrapunto, de *leitmotivs* como motivos estructuradores de la narración novelesca, motivos-guía de Wagner, *idées fixes* de Berlioz, armonías invertebradas de Debussy... Le era grata la cita recurrente de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, que comparó su *Libro de Buen Amor* con un instrumento musical que cada lector podía tocar, pulsar y tañer a su antojo. También Mariano Baquero, hombre de música, gozó del privilegio de leer libros como quien lee una partitura musical, experimentando ese doble placer óptico y auditivo que sólo la sagacidad y la sensibilidad musicales pueden procurar. Solamente un músico avezado puede percibir el ritmo oculto de una novela, dirá Edward Morgan Forster; ese otro ritmo que, en una sinfonía, no se marca con el pie y que resulta de la relación total de la obra. El magisterio musical de Mariano Baquero, músico avezado, le permitió captar la estructura de las formas escritas aplicando la pauta de las formas sonoras, esa escritura invisible ordenada según leyes combinatorias y matemáticas. Si pudiera, me dedicaría solamente a la música, raíz y fórmula algebraica de todas las artes, anhelaba Kleist en su fervor romántico, en el mismo acorde que Mariano Baquero, que intuía en la música un lenguaje sonoro, esa capacidad lingüística



superior de Novalis, con las palabras como configuraciones acústicas de las ideas y que aspiraba a escribir libros como quien compone música. Mariano Baquero entendió la música como un metalenguaje, anticipando esa revolución estructural que Gaston Bachelard preconiza a propósito de la relación música/literatura: la sustitución del sentido verbal por el ritmo musical es la capacidad mágica para cambiar el mundo.

Música y literatura fueron siempre la estrofa obligada de mis encuentros con Mariano Baquero, un solo asunto en doble recurrencia —Ariosto y Haendel, Tasso y Rossini, Ovidio y Mozart—, el eco duplicado de un juego de espejos musical y literario— Lezama Lima y Shostakovich, *Paradiso* y *Lady Macbeth de Msentsk*. Giraba nuestra charla a 33 revoluciones por minuto, como encaramados al tfo vivo de un tocadiscos callejero, porque callejeros solían ser esos encuentros, no convenidos, pero puntuales y frecuentes, consabidos y peripatéticos, redondos y circulares alrededor de una plaza, como órbitas de noria, de disco obstinado y casi rayado, aunque nunca monótono, que emitiera la misma doble y acaso única melodía sonora y libresca. Habíamos sublimado la discomanía en discofilia, sabiendo que la música es siempre una y distinta, y los largos años de nuestra amistad podían contarse en etapas de la técnica del disco y del sonido: monoaural, estereofónico, cuadrafónico, digital-analógico, una historia de la electrónica acompasada por las batutas de Furtwängler, Walter, Szell, Klemperer, Giulini, esos mitos, un reloj personal y musical, preciso y sonoro como un carrillón catedralicio, un metrónomo que medía el tiempo, nuestro tiempo, en vueltas de elepés y alta fidelidad. Yo creo que la estereofonía ilustró la teoría de Mariano Baquero sobre el perspectivismo literario. Llegará un momento en que podrá escucharse toda la música compuesta hasta nuestros días, pensaba del disco, ese prodigio, y su pasión melómana vencía su alergia a la técnica, su aversión a la máquina y a la mecánica, su rechazo de toda sofisticación fetichista de la tecnología, atribuyéndose sus beneficios en su propio beneficio personal. El disco era un artificio mágico, un artificio fáustico capaz de detener el instante y atraparlo, de perpetuar el sonido fuera del tiempo, igual que resistir la huida del tiempo, dominar la fuga existencial del tiempo es, para T. W. Adorno, el sueño mismo de la música. El disco y su música como exceso, coincidiendo con Borges en que la música no es sino una misteriosa forma del tiempo, su metáfora.

Mariano Baquero fue un hombre transido del tiempo, obsesido del tiempo, herido del tiempo como un personaje de Priestley. «El tiempo, pese a su realidad, es un elemento en cierto modo turbador y mágico», escribió como clave iluminadora de su concepción de la relación música/literatura, «ambas inscritas en el común dominio de las artes del tiempo».



¿Qué otra cosa es el ritmo —afanosamente buceado en la música y transportado a la literatura— sino el tic-tac, a veces misterioso, a veces mágico y turbador, del reloj del tiempo? Tiempo/estructura es para Mariano Baquero la cuestión más debatida de la novela, su esencia misma, porque, como hombre de música, sabe que también el tiempo es la esencia propia de la música, ese prodigio que exorciza la sustancia misma del tiempo. Estructura/composición será el hallazgo último de su pesquisa del tiempo en lo musical y lo literario —concierto y ajuste de ojos y oídos, decía Saavedra Fajardo—, un *leitmotiv* siempre audible, siempre perceptible en su obra, ese *lied* donde música y letra, letra y música, se funden y confunden como la sal y el agua. Penetrar el secreto del tiempo en la literatura y en la música propiciará su devoción a Proust y a Mahler, acaso el escritor y el músico más vulnerables a la herida del tiempo. Repetía Mariano Baquero que Mahler es la metamúsica, en el mismo acorde de Schopenhauer para quien la música es una metafísica. Conectar su tocadiscos y que acudieran los sonidos a un pequeño toque, casi un signo —ese gesto trivial y maquinal que provocaba el estupor cotidiano de Paul Valéry—, suponía para él transitar de la física a la metafísica. Había descubierto a Mahler cuando nadie sabía de Mahler, anticipándose a todos como en tantas cosas musicales y literarias, años-luz antes de la actual y filisteo beatería mahleriana, y le fue fiel, en alta fidelidad, toda su vida. Mahler era el metalenguaje, la metamúsica, la metafísica, la estancia del sonido en lo inaudito, más allá de toda transitoriedad, diría Bloch, y escuchar su música casi una mística. De Marcel Proust aprendió Mariano Baquero a buscar el tiempo perdido y recobrarlo en la memoria musical, más allá del olor y el sabor de la magdalena proustiana. A todos nosotros, que convivimos con Mariano Baquero, nos ha herido también el tiempo de su muerte, pero queda el aleccionador y claro ejemplo de su vida y de su obra, de sus libros, ahí donde encontraremos siempre al hombre, como quería Elías Canetti. Yo pienso ahora en el imperio evocador de la música, en la magia de una palingenesia más allá del tiempo y de la ausencia, en esas moscas del verano de Proust y su minúsculo concierto de cámara que no sólo suscitan la imagen de los días estivales en nuestra memoria, sino que hacen su presencia efectiva, inmediata y accesible. Ese suceso prodigioso puede renovarse, sencillamente, conectando el tocadiscos para oír música, un cuarteto de Mozart, un aria de Rossini, un *lied* de Strauss o una canción de los Beatles, esos clásicos ya de nuestro siglo, que nada musical le era ajeno a Mariano Baquero. Y reencontrar, así, al amigo en la música, recuperar su presencia efectiva y tangible, y charlar como siempre paseando la Avenida de Alfonso X, de vuelta de la Academia, con los violines del otoño en las ramas de los plátanos ya escuetos y dorados y la lluvia como un piano callejero. Y que, también como siem-



pre, Mariano Baquero, embozado en su bufanda de friolero imaginario y el arrebol del whisky académico, me hiciera la pregunta consabida, a 33 revoluciones por minuto: ¿Sabes de algún nuevo disco de Mahler?

Mariano Baquero o la pasión de la música, *música, sólo música* del verso de Guillén, *de la musique avant toute chose* en la voz de absenta de Verlaine. Era un hombre transido, pulsado por la música, convertido en lira como el bosque del poema de Rilke. Mariano Baquero Goyanes fue un lujo de Murcia, su ciudad adoptiva, «esa desconcertante y personalísima ciudad de bien entendidas fidelidades provincianas, pero superadora, a la vez, de rancios tópicos» —como él mismo la viera—, pero no quiso serlo ni saberlo, y acaso la ciudad tampoco lo supo porque pasó por ella, como por la vida, de puntillas y con sordina. Cada hombre tiene su ritmo individual y el suyo fue un tiempo de adagio, una vida en do menor, la más intensa, íntima y concentrada tonalidad de Mozart y Beethoven. Escasamente inclinado al rubato, nunca abandonó el rigor de su compás vital, pautado, escandido, mesurado, afinado su temperamento en consonancias, vida, en suma, de hombre bien temperado, resuelta armoniosamente en el goce sereno de un triple acorde personal, profesional y familiar. Sólo lo fugitivo permanece y dura, adoctrinaba nuestro padre Quevedo, y Mariano Baquero pertenecía a ese linaje de hombres de los que d'Ors dijera que no hay necesidad de evocarlos porque su calidad les otorga eternamente el don de la presencia. Yo he querido, sin embargo, recordarlo desde mi memoria personal y traerlo esta noche entre nosotros con su música, nuestra música, como viva razón de la amistad. Por eso he tomado a préstamo el título de un poema de Jorge Guillén —*La amistad y la música*— como lema de este recordatorio, ese poema que dice de un hombre aislado del mundo y que oye música en discos, en bata y zapatillas, al amor del fuego hogareño, un hombre que pudo llamarse Mariano Baquero:

*Eludir tantos vínculos ajenos  
A este ser rodeado del sonido  
Que lo clausura en plenitud de gracia...*

Concluye el último capítulo, suena la última nota. Así epilogaba Mariano Baquero Goyanes su teoría de la relación literatura/música, razón y pasión, razón apasionada, de su vida y su obra. Ahora, al pasar la última página del libro ejemplar de su vida y cerrar sobre el atril la partitura, enfundar para siempre el último disco, se ha hecho ya el silencio. Se ha dicho que el silencio de Mozart sigue siendo Mozart. También el silencio de Mariano Baquero es Mariano Baquero.

